

# La Biblia, qué es, cómo se interpreta y cómo se ora

+ Santiago Silva Retamales

## I- ¿Qué es la Sagrada Escritura o la Biblia?

Una respuesta completa y adecuada que no deja fuera ningún aspecto fundamental de la Biblia es definirla como:

<p><b>Palabra escrita de Dios, inspirada por el Espíritu Santo y confiada a la Iglesia para la salvación de todos.</b></p>
--

Analicemos cada uno de los *tres aspectos* que contiene la definición.

### 1)- **Palabra escrita de Dios...**

Gracias a la palabra nos comunicamos, salimos de nosotros mismos y ofrecemos nuestra interioridad al amigo que nos escucha. El que habla con sinceridad de su mundo interior, de sus pensamientos, sentimientos, propósitos, se «ex-pone», es decir, pone a consideración del amigo su interioridad y ofrece su propia vida en comunión; el interlocutor, a su vez, «res-ponde» expresando también por la palabra su propia intimidad. En virtud del diálogo abierto y sincero entre los amigos se involucra el mundo interior de ambos, se crea la comunicación de las personas y se posibilita la comunión permanente de sus existencias. La palabra, pues, está llamada a ser vehículo de comunicación personal y de comunión de vidas.

La Biblia testimonia que Dios se «re-vela» (= quita el «velo» que lo oculta), es decir, sale de sí y «ex-pone» su intimidad («su corazón») a los hombres. Para hacerlo, elige el medio más frecuente en el trato interpersonal: la palabra, el diálogo.

Sintetizando esta enseñanza bíblica, la carta a los *Hebreos* dice: «Muchas veces y de muchas maneras **habló** Dios por medio de los profetas...» (Heb 1,1); del mismo modo el CONCILIO VATICANO II: «Dios **habla** en la Escritura por medio de hombres y **en lenguaje humano**» (*Dei Verbum*, 12).

Al elegir la «palabra» para salir de sí y exhibirse, Dios acepta las «reglas del juego», y por la palabra se ofrece a sí mismo, originando comunicación y creando comunión. Dios posibilita así el encuentro fecundo de vidas, la de Dios y la del hombre.

Ahora bien, como la Palabra definitiva y plena del Padre es Jesucristo, es él

quien haciéndose igual a nosotros «re-vela» o «ex-pone» al Padre y lo que él quiere (Heb 1,2; Jn 1,1.18).

La Biblia es la *buena noticia* por la que Dios en Cristo ofrece al creyente su vida, abundante y eterna. Por tanto, los libros bíblicos, en particular el *Nuevo Testamento* (= NT), tienen por centro la *Palabra increada*, Jesucristo, «camino, verdad y vida» para la Iglesia y el creyente (Jn 14,6).

En lenguaje humano y al modo humano e inspirado por el Espíritu Santo, *la Sagrada Escritura consigna*:

- La experiencia de fe de Israel, pueblo de Dios (*Antiguo Testamento* = AT).
- La *Buena Nueva* que es Jesucristo, Palabra del Padre, lo que hizo y enseñó (*Evangelios*).
- La expansión de la Iglesia apostólica, sus dificultades y sus esperanzas (*Hechos de los Apóstoles*).
- Las reflexiones y consecuencias teológicas y éticas que se deducen de las acciones y palabras del Señor con la finalidad de dar soluciones a las necesidades por las que pasan las jóvenes iglesias (*cartas de PABLO, SANTIAGO, PEDRO, JUAN y JUDAS*), y
- El futuro victorioso para los seguidores de Cristo y el desastre total para sus detractores y el Anticristo (*Apocalipsis*).

La *lectura e interpretación* de la *Sagrada Escritura* tienen por finalidad aprehender la intimidad de Dios y su voluntad («conocer» en sentido bíblico), puesto que Dios por la Palabra se «ex-pone», ofreciéndose en amistad.

La *meditación y oración* con la *Sagrada Escritura* tienen por finalidad entrar en diálogo con la Palabra eterna del Padre, Jesucristo, quien con sus enseñanzas y acciones se convierte en principio de vida y sentido pleno de la existencia.

La respuesta que Dios espera del creyente es la entrega de la propia vida por la fe; entonces, la vida divina comunicada al creyente, se hace en éste vida eterna (Jn 20,30-31).

## 2)- *Inspirada por el Espíritu Santo...*

La palabra engañosa que cambia o desfigura el propio mundo interior crea una falsa comunicación, porque al inventar caretas y manifestar irrealidades, se hace imposible la comunión de las personas, pues una de ellas -o ambas- se «enmascara», por tanto, la entrega, la confianza y el afecto recíproco son impracticables. Esta experiencia de engaño y soledad, por desgracia común entre los hombres, jamás se da en Dios, pues nunca su palabra es mentirosa e hipócrita, sino veraz y sincera; nunca Dios se encierra en sí mismo, sino que se dona por su Hijo y nos ofrece sus bienes.

El testimonio bíblico respecto a las características de la «palabra de Dios» es abundante y diáfano.

A continuación, señalamos solamente tres notas: por ser DE DIOS, su palabra...

- Es viva y eficaz como agua que cae en la tierra y la hace germinar (Is 55,10-11).
- Es «más cortante que una espada de dos filos» que penetra hasta lo más profundo del ser (Heb 4,12-13) ayudando al creyente a discernir sus pensamientos y las intenciones de su corazón.
- Es siempre veraz, porque contiene promesas que se cumplen, ofrece un consuelo que alivia y sus reprimendas y consejos interpelan y exigen cambios radicales (1 Cor 10,11; 1 Tes 2,13; 2 Tim 3,14-17).

Por tanto, por medio de la Biblia inspirada por Dios, se ofrece al creyente una palabra operante y eficaz, sincera y veraz: ¡la misma Palabra del Señor por la que se puede conocer el auténtico Rostro de Dios y experimentar su sabiduría y poder que transforman!

### **3)- Y confiada a la Iglesia para salvación de todos**

San AGUSTÍN (siglo IV) enseñaba que los que no tengan el libro de la Biblia, siempre tendrán el libro de la vida, escrita también por Dios. Efectivamente, vida y Biblia nacen de Dios, y ambas testimonian el paso y la presencia de Dios que creó la vida e inspiró la *Escritura*. Cuando el creyente adquiere sensibilidad ante la presencia de Dios gracias a sus experiencias de fe, la vida lo ayuda a comprender la Biblia y la Biblia le empieza a hablar de la vida. El creyente, entonces, descubre que la Palabra de Dios es «para la vida», «para hoy» y «para él», y no una palabra antigua y vieja, como el papiro que la contiene, sino actual y permanente, por ser «de Dios». Por tanto, la *lectura íntegra de la Biblia* sólo se da cuando es a la vez *lectura de la vida*, y la lectura creyente de la vida sólo es posible cuando se contrasta con la Palabra de Dios consignada en la *Sagrada Escritura* y se amplía el horizonte de la fe.

Al respecto un autor moderno escribe: «La Biblia contiene la experiencia de Dios que tuvieron nuestros antepasados en la fe; una experiencia que tiene como centro a Jesús. Esta experiencia de Dios (...) es lo que constituye el centro de la Escritura y lo que hace que los creyentes de todas las épocas -también de la nuestra- encuentren en ella una clave para contrastar y ampliar el horizonte de su propia experiencia de fe».

La Biblia, pues, es un libro que no pasa de moda, es siempre novedoso y actual, porque es Palabra de Dios *para nuestra salvación* y Dios es salvador siempre atrayente y cautivante, no se agota ni se repite, es noticia permanente y fresca para el cristiano, la Iglesia y la sociedad de hoy.

La Sagrada Escritura es para todos; no fue escrita sólo para los contemporáneos de Jesús o sólo para unos pocos privilegiados, los de mucha fe o de mucha ciencia, sino para todos los que anhelan encontrar la vida y la paz y buscan la comunión con Dios en diálogo con él, porque Dios por la *Escritura* «sale de sí», se «ex-pone» y se «pro-pone» (= poner delante) como sentido último y pleno del hombre y de su historia.

## II- ¿Cómo se interpreta la *Sagrada Escritura*?

### 1)- Interpretar, actualizar, actuar

La Biblia fue escrita hace muchos siglos por hombres inspirados por Dios, quienes -sin embargo- no perdieron su libertad, su idioma, su genio literario, su cultura, en una palabra, no fueron arrebatados del medio socio-histórico y cultural en que vivían. Por tanto, los libros bíblicos como obras literarias son fieles reflejo de la personalidad, formación y medio ambiente de sus autores.

Los siglos de distancia que nos separan de los autores bíblicos y la gran diferencia entre el mundo cultural de ellos (el semita de la cuenca Este del Mediterráneo) y el nuestro (mundo occidental de raigambre cultural greco-romana), exige de parte del lector moderno un esfuerzo de **interpretación** para comprenderla, y de **actualización** para vivirla.

Tarea de la Iglesia y del creyente, entonces, es interpretar la Biblia y actualizar su mensaje:

- **Interpretar** un texto bíblico es sacar a la luz el mensaje que Dios transmite por el autor sagrado. La comprensión correcta del mensaje requiere del conocimiento y práctica de unas normas básicas de interpretación, porque el contexto histórico de los autores bíblicos es diverso al nuestro y, por ejemplo, unas mismas palabras pueden tener significados y matices diferentes en la pluma de ellos y en nuestro hablar.

Algunos autores llaman «exégesis» a la tarea de *interpretar la Sagrada Escritura*.

- **Actualizar** el mensaje es adaptar el contenido de un texto a la realidad personal y comunitaria haciendo operante el carácter de Palabra de Dios viva y eficaz, que interpela y transforma; la «actualización» también requiere del conocimiento y práctica de algunas normas básicas, pues nuestras necesidades y problemas son diversos a los de los autores bíblicos y sus destinatarios.

Algunos autores llaman «hermenéutica» a la tarea de *actualizar la Sagrada Escritura*.

La interpretación y actualización de la Palabra de Dios y la urgencia de ser testigo de la Buena Nueva en el mundo de hoy, exige:

- **Actuar** el mensaje, es decir, transformar en hechos concretos (conversión) la Palabra de Dios interpretada y actualizada.

La dificultad de interpretar lo leído y actualizar el mensaje a la propia vida no es sólo un problema de los creyentes y comunidades de hoy. La Biblia da testimonio de esta dificultad. Un ministro de Candace, reina de los etíopes, que regresaba de

Jerusalén y leía al profeta Isaías, le hizo la siguiente observación al diácono Felipe que salió a su encuentro: «¿Cómo voy a entender lo que leo si nadie me lo explica?» (Hech 8,31; ver además Os 14,10; Dan 9,2; 2 Pe 3,16). Para comenzar, pues, se necesita la ayuda de algún sacerdote, catequista o persona preparada (actuales «Felipes»), de sencillos, pero buenos manuales y, sobre todo, de adecuadas traducciones de la Biblia.

Los **principios básicos** de interpretación y actualización de la *Sagrada Escritura* se deducen de lo que ella es: *Palabra escrita de Dios, inspirada por el Espíritu Santo y confiada a la Iglesia para la salvación de todos.*

## 2)- Porque la SSEE es *palabra escrita* de Dios

La preocupación fundamental de un creyente que procura conocer el mensaje de un texto bíblico es *descubrir el sentido genuino del texto* en cuanto *palabra escrita*, es decir, en cuanto *obra literaria*.

A propósito de lo recién afirmado, el papa Pío XII escribía en 1943: «Porque a nadie se oculta que la norma principal de interpretación es aquella en virtud de la cual se averigua con precisión y se define qué es lo que el escritor pretendía decir» (Encíclica *Divino afflante Spiritu*). Años más tarde, en 1965, el CONCILIO VATICANO II enseñaba: «El intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir...» (*Dei Verbum*, 12). Y sólo hace algunos años, en 1994, la PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA recordaba a los estudiosos de la Biblia y a todo creyente las enseñanzas de Pío XII y del CONCILIO VATICANO II con las siguientes palabras: «La búsqueda del *sentido literal* de la Escritura es una tarea esencial de la exégesis» y -más adelante- define el sentido literal como aquel sentido «que ha sido expresado directamente por los autores humanos inspirados y, siendo el fruto de la inspiración, este sentido es también querido por Dios, autor principal» (*La Interpretación de la Biblia en la Iglesia*, pp. 37 y 75).

De todas estas enseñanzas se concluye, por tanto, que la pregunta principal frente a un texto de la *Sagrada Escritura* es la siguiente: *¿qué quiso decir* el autor sagrado? En otros términos: *¿cuál es el sentido literal* del texto bíblico?

Dios «habla» por el autor inspirado, al punto que «todo lo que afirman los autores sagrados, lo afirma el Espíritu Santo» (*Dei Verbum*, 11). Por tanto, lo que el autor bíblico realmente intentó decir y dijo, es lo que Dios enseña; de aquí la importancia fundamental del *sentido literal* o *sentido genuino* de los textos.

Los principios que permiten responder a la pregunta acerca de qué dijo el autor o -lo que es lo mismo- cuál es el sentido literal del texto, son:

- Comprender las *palabras* y las *frases* del autor conforme las concibió en su mente y según se acostumbraban a emplear en su mundo cultural; al respecto, señala el CONCILIO VATICANO II: «El intérprete indagará lo que el autor sagrado dice e intenta decir, *según su tiempo y cultura*» (*Dei Verbum*, 12).

- Conocer los *géneros literarios* utilizados por entonces con el fin de descubrir la *intención literaria* de los autores bíblicos; el CONCILIO enseña: «Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, los géneros literarios» (*Dei Verbum*, 12).

Algunos ejemplos:

- + La *poesía* emplea metáforas, comparaciones, imágenes osadas, antítesis, paralelismos, hipérbolos y otros muchos recursos literarios que aquél que busca comprender un texto poético, no puede leer tomándolos «al pie de la letra» (lectura fundamentalista).
  - + La *historia bíblica* interpreta el pasado y el presente del pueblo de Dios (Israel y la Iglesia) a la luz de Dios que interviene en medio de los hombres por sus enviados; para la «historia bíblica» -a diferencia de lo que ocurre con nosotros- no es una preocupación fundamental datar los acontecimientos en un tiempo y en un espacio determinados, sino testimoniar cómo Dios conduce y dirige a su pueblo; la lectura de los libros históricos de la Biblia, por tanto, requiere de una exquisita «sensibilidad de Dios», propia de un profeta, a fin de descubrir los proyectos divinos y su paso por la historia.
  - + Un *evangelio* proclama la buena noticia de que Jesús de Nazaret es «Mesías», «Salvador» y «Señor»; para cumplir esta finalidad, los autores de los evangelios recuerdan y seleccionan algunos dichos y hechos de Jesús y los presentan de modo que ayuden al lector a crecer en su fe, y así «tenga en Cristo vida eterna» (Jn 20,30-31); un *evangelio* no es una biografía de Jesús, sino la proclamación gozosa de que, en Cristo, Dios nos salva.
  - + La *parábola* es un relato breve, de carácter figurativo y construido con elementos tomados de la vida cotidiana; su finalidad es provocar un determinado comportamiento en el lector y entregar una enseñanza que, con imaginación y sagacidad, se debe descubrir; nadie puede leer una parábola como lo hace con un libro de historia o de ciencias.
- Informarse de los datos principales acerca del *medio socio-histórico y cultural* en que el autor se mueve y enmarca su obra, con el fin de entender mejor su mensaje y las necesidades vitales y religiosas de los destinatarios del libro.

La *Sagrada Escritura* pide un esfuerzo de *inculturación*: hay que leerla sumergidos en el mismo ambiente socio-cultural de los autores sagrados y del mundo en el que vivieron. Como dice un autor moderno: «Se trata, pues, de dar vida al texto para que signifique en nuestro tiempo lo que significó en su época original».

Al conocimiento de estos principios básicos de interpretación, sigue la *forma*

*práctica* de proceder, que puede ser:

- Leer y releer el texto escogido y -si es necesario- en Biblias diferentes; anotar las diferencias y tratar de explicarlas.
- Darse cuenta de qué pasaje antecede al texto escogido y cuál le sigue; tratar de sacar alguna conclusión del «lugar teológico» que ocupa el texto en el capítulo o libro.
- Destacar los sustantivos y adjetivos importantes del texto leído; indicar las palabras que no se comprenden y ver su significado en diccionarios de la Biblia.
- Destacar los verbos importantes señalando quiénes son los sujetos de los mismos y los destinatarios de sus acciones.
- Agrupar las palabras y los verbos por «familia», lo que ayuda grandemente a fijar el tema central del pasaje; con frecuencia los textos combinan familias de palabras bien precisas, y sacan a la luz -si los hay- los contrastes y oposiciones del texto.
- Esbozar un esquema literario que contenga sólo lo fundamental del texto y resalte el tema central del mismo; memorizar las frases más importantes y aprender el libro y el capítulo en que se encuentran.
- Emplear las cronologías que traen las Biblias, para enmarcar históricamente el personaje o la acción; tratar de recrear las condiciones socio-históricas en las que se sitúa el texto; comprender bien las instituciones, como por ejemplo los «fariseos», los «saduceos», saber del «templo» y sus «sacrificios», etc.

La *finalidad* de esta forma práctica de proceder es determinar quién es el sujeto principal, qué acciones realiza o qué dice; quién recibe la acción o las palabras del sujeto principal; quién está con él, quién está contra él, por qué; qué cambios de comportamientos testimonia el texto y a qué se debe.

Es importante aproximarse al texto elegido sin prejuicios ni subjetivismos, evitando en lo posible «proyectar» en el pasaje nuestros propios problemas y nuestra particular comprensión del mismo.

3)- Porque la *SSEE* está *inspirada* por el Espíritu Santo

Por ser una obra inspirada por el Espíritu Santo, la Sagrada Escritura tiene a Dios mismo por autor principal (1 Tes 2,13; 2 Tim 3,16-17; 2 Pe 1,20-21). No es, por tanto, un libro común, como cualquier otro. La Biblia revela la historia de la salvación suscitada y dirigida por Dios (*AT*) que tiene su realización y plenitud en las palabras y obras de Jesús de Nazaret (*NT*; Mt 5,17-20).

Por tanto, como la Biblia es palabra *de Dios*, se requiere tener en cuenta los siguientes principios básicos de interpretación:

- Leer y meditar el texto bíblico con la asistencia del mismo *Espíritu* que lo suscitó, es decir, imbuidos del Espíritu Santo.

Esta norma fundamental de san JERÓNIMO (intérprete de la Biblia del siglo IV) hace de la *Escritura* fuente de vida y de conversión, porque le restituye el carácter interpelante de Palabra de Dios.

- Tener por punto de referencia la genuina *tradición* de la Iglesia.  
La *Escritura* nace en el seno de la tradición israelita (*AT*) y de la tradición cristiana apostólica (*NT*), por lo que la interpretación de la Biblia no puede hacerse sin considerar la enseñanza actual de la Iglesia ni menos en contra de ella, pues fue la Iglesia quien «recibió de Dios el encargo y la misión de conservar e interpretar la Palabra de Dios» (*Dei Verbum*, 12).
- Emplear la *Sagrada Escritura* conscientes de la *finalidad* que Dios tuvo al inspirar a los autores que la pusieron por escrito: revelar la verdad que salva.  
Así lo enseña el CONCILIO VATICANO II: «Como todo lo que afirman los autores inspirados lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra» (*Dei Verbum*, 11).  
La *Escritura*, por tanto, debe leerse como *historia de la salvación*, hilo fundamental de toda la Biblia que le confiere unidad. Dios tiene un proyecto para el hombre que ofrece y realiza en su Hijo y anima por su Espíritu; este proyecto divino de «nueva creación» y «nueva alianza» se revela en la *Sagrada Escritura* de modo completo, pero progresivo, desde el *Génesis*, inicio de la historia, al *Apocalipsis*, final y plenitud de los tiempos.  
Cuando el creyente interpreta la Biblia no debe perder de vista ni el «momento» en que se ubica la revelación del proyecto ni la «totalidad» del mismo. Esto explica los rasgos poco evangélicos con que a veces se presenta a Dios en el *AT* o ciertos comportamientos morales, que llaman muchos la atención, en algunos personajes bíblicos.

Una *forma práctica* de proceder, puede ser:

- Realizar el trabajo de comprensión del texto bíblico en un clima de oración, pidiendo insistentemente al Espíritu que revele el misterio de Dios contenido en las *Escrituras*.
- Relacionar el pasaje escogido con otros textos tanto del *AT* como del *NT* con la ayuda de las «notas» a pie de página y las «citas de textos paralelos» que traen muchas Biblias. Así se percibe las semejanzas y las diferencias y se iluminan unos pasajes con otros («la Biblia se interpreta con la Biblia»). Se vuelve luego al pasaje bíblico escogido con la luz de estos nuevos datos.
- Relacionar siempre los textos del *AT* con Cristo; la Palabra encarnada es



*la clave de lectura* de toda la *Sagrada Escritura*;

- Investigar y aclarar qué necesidades del pueblo israelita (AT) y de los cristianos (NT) trata de resolver el texto; es decir, descubrir la «vida cotidiana y menuda» de Israel o de la Iglesia que subyacen a los textos que se están interpretando y actualizando.

4)- Porque la *SSEE* está confiada a la Iglesia *para la salvación de todos*

La *Escritura* está escrita *para nosotros* y por ello fue confiada a la Iglesia a fin de que la revelación del misterio de Dios y del hombre que ella contiene se predique en todo tiempo y lugar. Para que la *Sagrada Escritura* sea *para nuestra salvación* se requiere escucharla con fe y en el cauce de la tradición viva de la Iglesia.

Para esto se requiere un *esfuerzo permanente de actualización* y la práctica de algunos criterios básicos:

- Leer y meditar la *Escritura desde la vida y para la vida*. Hay que acercarse a la Palabra de Dios con las propias esperanzas y torpezas, con nuestras genuinas ilusiones y trágicas desgracias, acercarse desde nuestra real condición de «cristianos en el mundo», porque sólo entonces la Palabra de Dios se revelará como consuelo y misericordia, promesa siempre eficaz y ayuda constante. Si los autores sagrados testimonian en las *Escrituras* que ha sido la fe en Cristo lo que dio sentido a su vida, ahora es la *Escritura* la que nos capacita para poner la fe en el centro de nuestra vida.
- Leer y reflexionar la *Escritura en comunidad*. En realidad, la Biblia es obra de una comunidad creyente que, alegre y convencida, quiere hacer partícipe de su experiencia de fe a otras comunidades. La lectura y oración comunitaria de la Biblia asegura la presencia del Espíritu de Jesús y recrea el ambiente eclesial en que se originó y expandió el texto sagrado (Mt 18,20: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»).

### III- **Métodos para actualizar la Palabra de Dios**

1)- Los métodos de oración

Muchos son los métodos que existen para una lectura creyente y orante de la Biblia. Los hay «científicos» y otros «libres» de tecnicismos; los hay individuales y otros comunitarios.

Entre los más conocidos se cuentan: la *Lectio Divina*; el método de los siete pasos (Lumko - Sudáfrica); el método de Kigali (Ruanda); los «círculos bíblicos» del carmelita CARLOS MESTERS (Brasil), etc. Otros, menos conocidos, se están abriendo paso en el mundo bíblico católico como, por ejemplo, el «proyecto de exégesis

intercultural» que animaba el jesuita hace poco fallecido FRITZLEO LENTZEN-DEIS y que continúan sus discípulos.

Dos métodos daremos a conocer uno ya mencionado, el otro es nuevo; el primero, es la *Lectio Divina*, método apropiado preferentemente para la lectura y oración individual con la Biblia; el segundo, titulado *En camino con el Señor Resucitado*, lo he fundamentado en el relato de las apariciones de Cristo resucitado a sus discípulos (Lc 24), donde el pasaje central narra el camino que hace el Señor con los dos discípulos de Emaús; el método es apropiado para la lectura y oración comunitarias con la Biblia.

## 2)- La Lectio divina

La *Lectio divina* es un método de lectura orante y eclesial de la SSEE para familiarizarse cordialmente con Dios y «conocer su corazón a través de las palabras del mismo Dios» (GREGORIO MAGNO). Como conduce al *encuentro con Jesús* (discipulado) y al *testimonio de Jesús* (misión) debería ser uno de los *instrumentos habituales de la pastoral ordinaria* (cfr. JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, 8 y 12).

El encuentro con Jesucristo vivo mediante la SSEE se funda en la *naturaleza* de la Biblia y en su *función* en la vida de la Iglesia. De aquí derivan los *cuatro clásicos pasos* de la *Lectio divina* que se describen a continuación:

### a- La Lectura:

Este primer momento consiste en la lectura atenta y repetida del texto procurando dar respuesta a la pregunta básica «¿qué quiso decir el autor sagrado?». Se trata de *una mirada atenta al texto inspirado para des-velarlo como Palabra de Dios* consignada en lenguaje humano (cfr. *Dei Verbum*, 12). Esta mirada nos abre a la *verdad salvífica* de la SSEE (cfr. *Dei Verbum*, 6).

Es ahora cuando se ejercitan los principios de interpretación referidos a la Biblia como «palabra escrita».

### b- La Meditación:

El segundo momento consiste en la meditación del texto escogido. Que la Palabra ilumine motivaciones y acciones, que discierna mi quehacer a la luz del mensaje de Dios: ¡dejo a Dios «ser Padre»! Se requiere valentía, sobre todo cuando la realidad es dolorosa. La obra es del Espíritu quien fecunda nuestras facultades espirituales para buscar caminos reales de conversión. Urge amar mucho a Jesús para vivir en fidelidad creciente.

Se ponen en práctica los principios de interpretación referidos a la Biblia como palabra «de Dios». Sumergidos en el Espíritu de Dios, se leen otros textos que permitan aclarar el contenido del texto principal como mensaje interpelante «para mí», es decir, en confrontación con «mi» existencia y «mi» situación actual.

La pregunta que guía este momento es: «¿qué me dice el texto?». Se

trata, pues, de reflexionar sobre aquello que el texto contiene y que «me interpela», sobre los juicios de valor -implícitos o explícitos- de los personajes, sobre sus palabras o acciones que sacan a la luz mis debilidades y faltas, sobre aquello que crea en mí ilusiones o desesperanzas.

c- *La Oración:*

Una vez que he descubierto «lo que dice Dios» por el autor sagrado (leer) y «lo que me dice» el mensaje conforme sea mi situación concreta, personal o familiar (meditar), el mensaje bíblico *se hace oración*. La finalidad es *dialogar con Jesús*, para impregnarse de sus mismos sentimientos (Fil 2,5). Que se cumpla lo de San AMBROSIO: «A él hablamos cuando oramos; a él oímos cuando leemos su Palabra».

*Orar la SSEE* es «involucrarse cordialmente» (con el corazón) en la historia de la salvación, «sumergiéndose» en las palabras y acciones de sus protagonistas para -como hijo- «ocuparme de los asuntos de mi Padre» (Lc 2,49). Orar es dejarse llevar por el clamor de los personajes bíblicos ante el sufrimiento y la opresión, o el arrepentimiento y la conversión ante el pecado cometido, o por sentimientos de agradecimiento por los bienes recibidos, o de alabanza por la intervención favorable de Dios. Por tanto, partiendo del texto y con sus palabras y expresiones, me identifico con sus personajes y acciones, dialogo y converso con Dios, le presento mis necesidades y anhelos personales y familiares, le doy gracias y me dispongo a escucharlo.

Para orar es necesario dejarse llevar por el Espíritu, y si en la *Meditación* el texto bíblico lo confronté con la vida, ahora, en la *Oración* es la vida que, a la luz del texto meditado, la presento a Dios.

d- *La Contemplación:*

Contemplar a Jesús -que «no es un privilegio de unos cuantos en la Iglesia» (JUAN PABLO II, *Ecclesia in America*, 29)- es *dejarme mirar por él* (cfr. Mc 10,21), disponiéndome para que *me arrebathe hasta él* de tal forma que el Señor, aceptado por «la obediencia de fe» (Rm 16,26), transforme mi vida. Entonces, su Palabra discierne mis pecados y mis yerros y me integra, iluminado y transformado, al quehacer personal y social. El creyente que contempla el Rostro del Nazareno descubre su propio misterio. La pregunta que inspira este último paso de la *Lectio* es «¿a qué conversión y acciones me invita la mirada cordial del Señor sobre mí?».

La auténtica contemplación se valida por la transformación de la vida y los esfuerzos por hacer una sociedad más justa: «La *contemplación* no sólo medita el mensaje, sino que también lo realiza; no sólo oye, sino que lo pone en práctica. No separa los dos aspectos: dice y hace, enseña y anima, es luz y fuerza», enseñan los Obispos de Colombia. La auténtica contemplación impulsa la *dimensión misional*

En *resumen*, el siguiente cuadro propone los pasos y las preguntas que guían cada momento de la *Lectio divina*:

<b>La Sagrada Escritura es...</b>			
<b>Palabra escrita de Dios</b>	<b>por inspiración del Espíritu Santo</b>		<b>confiada a la Iglesia para la salvación</b>
① <b>Leer</b>	② <b>Meditar</b>	③ <b>Orar</b>	④ <b>Contemplar</b>
¿Qué <b>dice</b> el texto bíblico?	¿Qué <b>me dice</b> el Señor por su Palabra?	¿Qué <b>le digo</b> al Señor movido por su Palabra?	¿A qué conversión y acciones <b>me invita</b> el Señor?
<i>Interpretar la Palabra...</i>  para descubrir lo que Dios nos enseña por el autor inspirado.	<i>Actualizar la Palabra...</i>  para interpelar la vida, dialogar con Dios y celebrar nuestra fe en familia o comunidad.		<i>Actuar la Palabra...</i>  para conducir la vida ( <i>actuar</i> ) según Dios ( <i>conversión</i> ) y dar testimonio.
<b>ASÍ...</b>			
El mensaje de Dios..	interpela mi vida...	suscita la oración...	me lleva a la conversión y a la acción

Los *acercamientos* a la *Sagrada Escritura* son, por tanto, los *tres* ya mencionados:

- a- *Interpretar* el texto para comprender lo que los autores «querían decir» y lo que Dios «quiso comunicarnos» (*Dei Verbum* 12).
- b- *Actualizar* el mensaje bíblico mediante el ejercicio espiritual de la meditación (Palabra que interpela la vida) y de la oración (vida que se ofrece al Verbo), y
- c- *Actuar* o *practicar* del mensaje de donde nace la evangelización como extensión lógica de la auténtica contemplación.

Para proceder ordenadamente en la realización de la *Lectio divina* se pueden emplear *signos gráficos* que ayuden a vivir el *primer* (Lectura) y *segundo* paso (Meditación):

Signos:	Ejemplos:	Dichos o hechos:
Para la <i>Lectura</i> : a)- <i>Signo de interrogación</i> b)- <i>Subrayado</i>	¿Hijo de hombre? <u>Salvación y alegría</u>	Cuando el significado no lo entiendo. Cuando es el tema central del texto.
Para la <i>Meditación</i> : c)- <i>Un signo de exclamación</i>	¡Sean fieles!	Cuando me interpela profundamente.

Estos signos hechos al texto bíblico me permiten: a)- indicar con el *signo de interrogación* lo que es oscuro para mí y no entiendo; b)- fijar con el *subrayado* el tema o temas que me parecen que sintetizan adecuadamente el mensaje del texto bíblico, y c)- señalar con el *signo de exclamación* aquello que interpela mi vida y me llama a la conversión y a la acción.

Luego reviso personal o comunitariamente cada signo, aclaro lo que no entendí (con la ayuda de algún sencillo diccionario), defino el tema central del texto y reviso mi vida (motivaciones y acciones) a la luz de la *Palabra divina*.

Enseguida, vuelvo a leer el pasaje bíblico y hago *signos gráficos* que me ayuden a vivir el *tercer* (oración) y *cuarto paso* (contemplación - acción) de la *Lectio divina*:

Signos:	Ejemplos:	Dichos o hechos:
Para la <i>Oración</i> : d)- <i>Asterisco</i>	*Y siguió a Jesús*	Cuando me motiva a orar.
Para la <i>Contemplación - Acción</i> : e)- <i>Escribo al margen del texto</i>	Generosidad	Cuando me llama a comprometerme.

Estos nuevos signos me permiten: d)- indicar con el *asterisco* aquella frase o acontecimiento del texto bíblico que me ayuda a orar, pedir perdón, dar gracias, alabar...; puedo emplear para mi oración algún *Salmo* que exprese los sentimientos que suscita el Espíritu de Dios en mí, y e)- anotar al costado del texto aquello que -a la luz de la Palabra de Dios- debo cambiar o mejorar para practicar las enseñanzas de Jesús contenidas en el pasaje bíblico.

Luego reviso personal o comunitariamente estas dos anotaciones, oro la Palabra y comparto (si la *Lectio* se hace en comunidad) aquello que el Señor me pide (o «nos pide») para imitarlo a él y transformar mi ambiente según los criterios del Reino.

### 3)- *En camino con el Señor Resucitado*

El objetivo del método es interpretar y orar la Palabra de Dios en clave

crisológica y testimonial; se hace en comunidad y en la perspectiva del «camino de vida cristiana», es decir, buscando seguir con radicalidad al Señor resucitado. Entonces, la palabra y la fuerza victoriosa del Resucitado transforman la vida propia y comunitaria desde el comportamiento externo hasta las intenciones más secretas e íntimas del corazón, y creyentes y comunidad con el «corazón ardiente» como los de Emaús, no pueden si no testimoniar al mundo entero su encuentro con el Resucitado.

La Palabra de Dios interpretada y actualizada en comunidad y en función del crecimiento cristiano, «toca» la situación personal de cada uno gracias a la ayuda de todos, y transforma las realidades débiles y defectuosas de todos gracias a los carismas y luces de cada uno.

El método que presento a continuación está inspirado en *Lucas 24*, específicamente en el relato del camino del Resucitado con los dos de Emaús (24,13-35); de aquí su nombre: *En camino con el Señor Resucitado*.

De incógnito, Jesús se aparece a dos cansados y desilusionados discípulos; escucha sus quejas, conversa con ellos y les anuncia su identidad y misión a partir de la interpretación de la *Escritura*; acepta, luego, la invitación a quedarse. Esta experiencia con Jesús cambia radicalmente el ánimo de los dos de Emaús: vuelven a Jerusalén a contar lo vivido. Jesús los ha hecho testigos valientes y comprometidos. En el centro de esta profunda conversión y crecimiento cristiano está el Señor Resucitado anunciado en las *Escrituras* y celebrado en el sacramento de la Eucaristía.

Cuando se reconoce y acoge a Cristo Resucitado según las experiencias de fe narradas en *Lucas 24*, se fortalece y acrecienta el compromiso cristiano, se reanima el testimonio y se crean lazos profundos de amistad entre los miembros de la comunidad. Además, el método permite planificar la acción y el crecimiento comunitario según el proyecto de Dios.

Tal experiencia de fe y los frutos respectivos, intenta recrear el método a través de los siguientes pasos:

- a- «Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos» (Lc 24,15).

La centralidad de la vida cristiana la ocupa Cristo resucitado: la reunión comunitaria comienza invitando al Señor por medio de un canto, una oración, un *Salmo*... a que se ponga a caminar con la comunidad en la tarea de comprender su palabra y construir su Reino. Se ora para presentarle al Señor nuestras preocupaciones y esperanzas, nuestros éxitos y fracasos tal como lo hicieron los de Emaús (Lc 24,17-24).

Es importante el signo: una Biblia en un ambón, una vela encendida, alguna frase alusiva...

- b- «Y comenzando por la Ley y todos los profetas, Jesús les explicó lo que decían de él las Escrituras» (Lc 24,27).

Todos tienen su Biblia, un lápiz y un cuaderno. Se indica el texto que se va a interpretar y orar; se espera que todos lo hayan encontrado. Después de un tiempo prudente, un buen lector proclama el texto escogido; sigue

un canto de acogida a la palabra proclamada (lo ideal es la antífona cantada de un *Salmo*).

Luego, cada uno lo lee pausada y repetidamente; se anotan las impresiones, lo que llama la atención, lo que gusta, no gusta, palabras que no se entienden, metáforas difíciles, etc.

- c- «Se les abrieron los ojos... y se dijeron uno al otro: ¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,31-32).

Este paso es para *quedarse en el texto* «abriendo los ojos» a fin de comprender su mensaje mientras vamos «de camino» en la vida cristiana, y «disponiendo el corazón» a fin de entusiasmarse con Jesús resucitado: ¡que arda, pues, el corazón!

Entre todos se reflexiona y se discute, procurando poner en práctica los principios ya aprendidos respecto a la Biblia como «palabra escrita». Se revisan las anotaciones anteriores (paso «b») y se les da respuesta; lo que no se puede resolver, se consultará después con un catequista o sacerdote. Finalmente, se anota resumidamente lo que el texto dice: los personajes centrales, lo que hacen y dicen, quiénes se le oponen, quiénes lo apoyan, cómo cambian de actitudes, se compara el texto con otros textos de la Biblia, etc.

Si se interpreta un texto del *AT*, se descubre y comenta la relación con textos del *NT*, ayudados por los «textos paralelos» o en base a la similitud o contradicción con disposiciones y personajes (buenos ejemplos de esta práctica en Mt 5,21-48 y Mc 12,35-37; los principios que la rigen en Mt 5,17-20).

Cuando todos están de acuerdo en «lo que dice el autor sagrado» (*sentido literal o genuino* del texto) y comprenden su mensaje, se pasa al siguiente momento.

- d- «Quédate con nosotros porque es tarde y anochece» (Lc 24,29).

Cumplido el paso anterior, se hace un rato de silencio; los tiempos de silencio no pueden ser muy largos; hay que evitar el tedio, el «silencio vacío».

Jesús habla al corazón cuando lo invito a quedarse. Pero él no puede entrar ni quedarse cuando no me desprendo de los ídolos que cautivan mi atención y someten mi voluntad, que ocupan mi tiempo y mi energía. Jesús merece todo mi tiempo y mi ser.

En este clima de oración cada uno se «adentra» en el texto que se ha reflexionado comunitariamente: que el mensaje «crezca» y «fecunde la vida» en diálogo con el Resucitado. Es el momento del silencio lleno de Dios, del tiempo para Dios, a fin de que brote la oración confiada y profunda. Es el momento para repetir en diálogo personal con el Señor Resucitado aquello del texto que me llama la atención, me impresiona, me interpela; luego, dejo que el texto «me» hable y que el Señor «se

quede conmigo», animando mi vida cristiana como a los discípulos de Emaús.

- e- «Ellos, por su parte, compartían lo que les había ocurrido cuando iban de camino» (Lc 24,35).

Después de orar, se comparte comunitariamente lo que la Palabra de Dios «me ha dicho». Con sencillez y sin esnobismos, con naturalidad y libertad, se dan a conocer fraternalmente las experiencias de fe y la actual vivencia de Dios a fin de ayudarse mutuamente a crecer en la vida cristiana. Un sincero ambiente de fraternidad favorecerá la posibilidad de compartir, preguntar, abrirse a las experiencias positivas, comprender las enseñanzas, etc.

A diferencia del paso «c» (descubrir lo que el texto dice), la finalidad ahora es orar el texto en comunidad, es decir, compartir lo que el mensaje nos dice; importa, pues, el diálogo de fe con Dios que reparte sus dones e interpela a su pueblo reunido en oración (1 Cor 12,4-11).

- f- «Ustedes son testigos de estas cosas» (Lc 24,48).

Es el momento del discernimiento comunitario y de la toma de decisiones a la luz de la Palabra de Dios comprendida y orada; no es posible crecer en la vida cristiana sin compromisos graduales y claros que preparen el corazón para que Jesús resucitado lo transforme.

La Palabra debe transformar los juicios de valor, las intenciones más profundas y los comportamientos; esta transformación debe expresarse en el compromiso a actuar como discípulos de Jesús estableciendo su Reino «aquí» y «ahora». La Buena Nueva debe, por tanto, hacernos testigos valientes y audaces del Resucitado: es ineludible la toma de compromisos personales y comunitarios que sean concretos, realizables y evaluables.

También es éste el momento para tratar los problemas de la comunidad, desde quien hace catequesis hasta quien compra el pan para la onza. Es probable que estos problemas no tengan relación directa con el texto escogido, pero la atmósfera espiritual que ha creado la Palabra de Dios ayuda a mirar las cosas desde la *fe*, a buscar con *esperanza* soluciones y a optar por aquello que mejor exprese el *amor* de discípulos de Cristo.

- g- «Y estaban continuamente bendiciendo a Dios» (Lc 24,53).

Se termina la reunión comunitaria con una pequeña oración final, preferentemente de bendición y alabanza a Dios, porque su Hijo resucitado «camina» con los suyos.

A veces puede ser una oración espontánea, por ejemplo, un «Padre nuestro» y un canto; otras veces, puede estar preparada de antemano, dándole un tiempo y lugar más relevante.

En resumen, el método *En camino del Señor Resucitado* que he descrito, tiene



los siguientes pasos:

Pasos o momentos:			Tiempo de:
a)-	Oración inicial	⇒	<i>Prepararse espiritualmente.</i>
b)-	Proclamación del texto, lectura y reflexión personal	⇒	<i>Escuchar la Palabra de Dios consignada en la Sagrada Escritura.</i>
c)-	Reflexión, estudio comunitario	⇒	<i>Descubrir lo que el texto bíblico dice.</i>
d)-	Oración personal	⇒	<i>Dialogar con Jesús lo que el texto me dice.</i>
e)-	Oración comunitaria	⇒	<i>Compartir lo que el texto nos dice.</i>
f)-	Discernimiento y compromiso personal y comunitario	⇒	<i>Testimoniar con la vida y con las obras.</i>
g)-	Oración final	⇒	<i>Dar gracias a Dios y alabarlo.</i>

Los pasos «a» al «d» recrean la experiencia del camino de los de Emaús con el Señor resucitado y nos ponen a la escucha atenta de lo que nos tiene que decir. El paso «e» nos abre a los hermanos con la finalidad de compartir la propia experiencia de Dios que el texto ha suscitado en cada uno. El paso «f» es el momento del discernimiento para la acción y del compromiso concreto para cambiar la realidad personal, comunitaria y social, conforme lo indique la Buena Nueva. Se termina con una oración final (paso «g»).

#### IV- Conclusión

En relación con ambos métodos presentados es conveniente indicar que los momentos o pasos que componen cada método son dinámicos y están al servicio del cristiano y de la comunidad que los utiliza. Por tanto, si se estima conveniente, se puede saltar un paso o inventar alguno que se juzgue necesario, según la situación actual de la comunidad. No todos los pasos duran el mismo tiempo y no necesariamente se dan en el orden cronológico que se presentan.

Lo importante es que cumplan su finalidad: que la escucha de la palabra del Resucitado favorezca la comunicación y comunión con Dios y con los hermanos.

Para finalizar, una mirada creyente y orante a la Virgen nos permitirá descubrirla como modelo en la «lectura» de las cosas de Dios y en la puesta en práctica de la voluntad divina.

María, la de la encarnación (Lc 1,26-38), es la mujer a la escucha de Dios y disponible a su voluntad que, al descubrir lo que Él le pide, entrega con fe radical y sincera obediencia no sólo su tiempo o alguna de sus acciones, sino todo su ser. Por ser María mujer de la palabra (Lc 11,27-28) y de la voluntad divina (Mt 12,46-50), en ella se hace carne la Palabra de Dios (Jn 1,14; Gál 4,4).

María, la de la visita a Isabel (Lc 1,39-56), es la mujer orante que rememora la historia de su pueblo con el fin de ensalzar con el canto de los tiempos mesiánicos (el *Magnificat*), la fuerza del Señor que obra maravillas en los débiles y humildes.

María, la que transforma su historia y la de su pueblo a causa de la palabra de Dios y la que ora con el AT, es por sobre todo la mujer de los tiempos mesiánicos que conserva cuidadosamente los recuerdos de Jesús en su corazón, a veces sin entenderlos (Lc 2,50-51), mientras su Hijo crecía no sólo ante Dios y los hombres, sino también ante ella y en ella (1,80; 2,40.52).